

¿IMPOTENCIA DE LA UTILIDAD? (*)

Miguel Angel CIURO CALDANI (**)

Entre las conquistas de los últimos siglos están el avance en el reconocimiento de la importancia de la utilidad y el gran desarrollo que se ha logrado en sus realizaciones. El desenvolvimiento del capitalismo ha correspondido a una inimaginable producción de riqueza y entre sus logros más elogiables figuran la superación de numerosos prejuicios y muchas de las condiciones que permitieron la gran prolongación de la duración de la vida. Hoy, debajo de una superficie plural y segmentada, que parece dar juego al diálogo de diversos valores, es la utilidad el valor que en profundidad caracteriza al **monólogo cultural** de este tiempo, de la llamada "postmodernidad". Sin embargo, la utilidad se muestra impotente para orientar la vida.

La referencia excluyente a la utilidad tiende a hacer que los hombres valgamos sólo en relación con nuestra participación en los procesos económicos. Con prescindencia de nuestras realizaciones de los valores verdad, belleza, justicia, amor, santidad, etc. y de nuestra siempre innegable satisfacción mínima del valor humanidad -entendido como deber ser cabal de nuestro ser- con demasiada frecuencia somos estimados sólo en relación con nuestra participación en la **producción, la distribución** y, sobre todo, el **consumo**. Así puede comprenderse, por ejemplo, la reiterada marginación de los ancianos e incluso de los niños, en cuanto no produzcan ni consuman. Vale recordar que uno de los grandes precursores del espíritu de nuestro tiempo, el conde de Saint-Simon, dividió a los hombres en "útiles" e "inútiles".

En la búsqueda de la utilidad los hombres de nuestros días avanzamos muchas veces por la senda de la **alienación**, vendiendo nuestros otros valores y nuestra propia identidad con miras a una ilusoria satisfacción de necesidades falsas, a menudo fabricadas de manera tramposa para adueñarse de nuestras vidas. La ciencia, el arte, el derecho, la religión, etc. se transforman en productos de consumo de un hombre fabricado para consumir, que suele no comprender que al cumplir con ese rito se está "consumiendo" a sí mismo.

Con frecuencia el hombre de estos días, ansioso de utilidad, consume apresuradamente información que lo aparta de la realidad y de la verdad. La ciencia queda en muchos casos prisionera de la técnica, siguiéndola por los caminos del lucro y llegando a jerarquizar sus investigaciones sólo por su utilidad inmediata. La filosofía se superficializa y se disuelve. Nuestro hombre medio es un ser egoísta, cerrado en su propia utilidad y, en consecuencia, es incapaz de sentir y realizar la justicia y de amar al prójimo, con lo que al fin empobrece el amor

(*) Homenaje del autor a la memoria de su abuelo Salvador Ciuro por su clara comprensión de los valores no utilitarios.

(**) Director del Centro de Investigaciones de Filosofía Jurídica y Filosofía Social de la Facultad de Derecho de la U.N.R.

a sí mismo. La utilidad, que significa la realización de medios para el logro de fines, gira alocadamente tratando de reemplazar con medios los fines de otros valores que existen cada día menos.

Los hombres de nuestro mundo utilitario somos seres **divididos** en múltiples roles, de comprador, vendedor, patrón, obrero, etc., con los que se oculta y destruye el sentido de unidad última de la persona. Para estos hombres fraccionados son imposibles el verdadero compromiso y la profunda solidaridad.

Todo valor sirve como criterio de **selección**, pero por sí sola la utilidad no alcanza a brindar los criterios selectivos que den curso a una verdadera aristocracia caracterizada, como tal, por una superioridad moral, científica o técnica. La eficiencia se desorienta e incluso se degrada. No sin motivo, uno de nuestros grandes poetas populares cantó con dolor la mezcla utilitaria de la vida, que le pareció convertida en un gigantesco cambalache. Esto no significa que nuestro tiempo sea democrático, porque ante la infinita complejidad de los valores humanos todo valor unilateralizado es sendero del **privilegio**.

En el curso del desborde de la utilidad se cae en una **corrupción** generalizada, que colma e incluso destruye nuestras aptitudes de asombro e indignación. Es posible que ahora tengamos la fortuna de que se conozcan casos de corrupción que antes quedaban ocultos, pero creemos que ellos son más frecuentes porque cuando nada vale realmente al fin “todo vale”.

La expansión de la utilidad deteriora las diversidades humanas. Patrimonios culturales milenarios, desestabilizados por el ingreso del afán de lucro, se destruyen irreversiblemente, produciendo un enorme “**daño antropológico**” del que poco se habla. La búsqueda de la utilidad ha puesto en peligro también el patrimonio ambiental, generando situaciones de “**daño ecológico**”, respecto de las cuales parece que sí hay una saludable reacción.

Escapando a la tristeza de una civilización rica, pero empobrecida en profundidad, la humanidad de estos días ingresa a menudo en el sendero falso de la drogadicción y, para brindar satisfacción a esa **evasión**, se desarrolla el narcotráfico. Con el pretexto de destruir el mundo de la utilidad e incluso a veces invocando su defensa se llega a la **violencia** y en relación con ella se desarrolla el comercio de armas. Los instrumentos de destrucción puestos en manos de pueblos sumidos en la miseria producen matanzas gigantescas, respecto de las cuales pareciera que no hay más remedio que adormecer la sensibilidad para que no estalle. La ambición y la pobreza contribuyen a que la **inseguridad** se adueñe de la experiencia cotidiana de una humanidad débil para enfrentarla.

Todos los valores aislados son impotentes y peligrosos, pero hoy hay que estar especialmente en guardia contra el monólogo de la utilidad. Si sabemos reconocer en su debida medida las causas de los males sin incurrir en los males que surgirían de la mera inversión de nuestra preferencia utilitaria, estaremos en condiciones de superarlos. Sin utilidad seríamos impotentes, pero también lo somos sólo con ella. Sería suicida renunciar a la utilidad, mas también lo es permitirle que se arroge los lugares que corresponden a otros valores.

Cuando ya se caracterizaba el mundo de nuestros días, Goethe nos habló de un “**aprendiz de brujo**” que produjo un instrumento que luego no supo controlar, superando su difícil situación sólo por el retorno del mago de quien había aprendido el hechizo. El mago es en este

caso el propio ser humano que, sin retornos indeseables e imposibles, debe reconocer en él mismo la senda para la superación.

Para que la utilidad desarrolle todas sus potencialidades hay que reconocer la humanidad de lo verdaderamente útil. Tal vez haya que estimar la **“utilidad” de lo “inútil”**, la utilidad de lo simplemente verdadero, bello, justo, amoroso, santo, etc. y, en definitiva, el valor de lo humano. Vale expresarlo una vez más: la economía hace grandes aportes a la plenitud de la vida, mas los problemas de ésta no pueden resolverse acabadamente si se los considera sólo desde el punto de vista económico y se los aparta del problema general de la cultura.